

## NADADORES

# BECKETT y BURROUGHS: CUANDO NADAR ES UN IMPOSIBLE VACÍO EXISTENCIAL

[emiliosola@archivodelafrontera.com](mailto:emiliosola@archivodelafrontera.com)

Colección: E-Libros: Nadadores  
Fecha de Publicación: 21/08/2012  
Número de páginas: 7  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)  
[contacta@archivodelafrontera.com](mailto:contacta@archivodelafrontera.com)

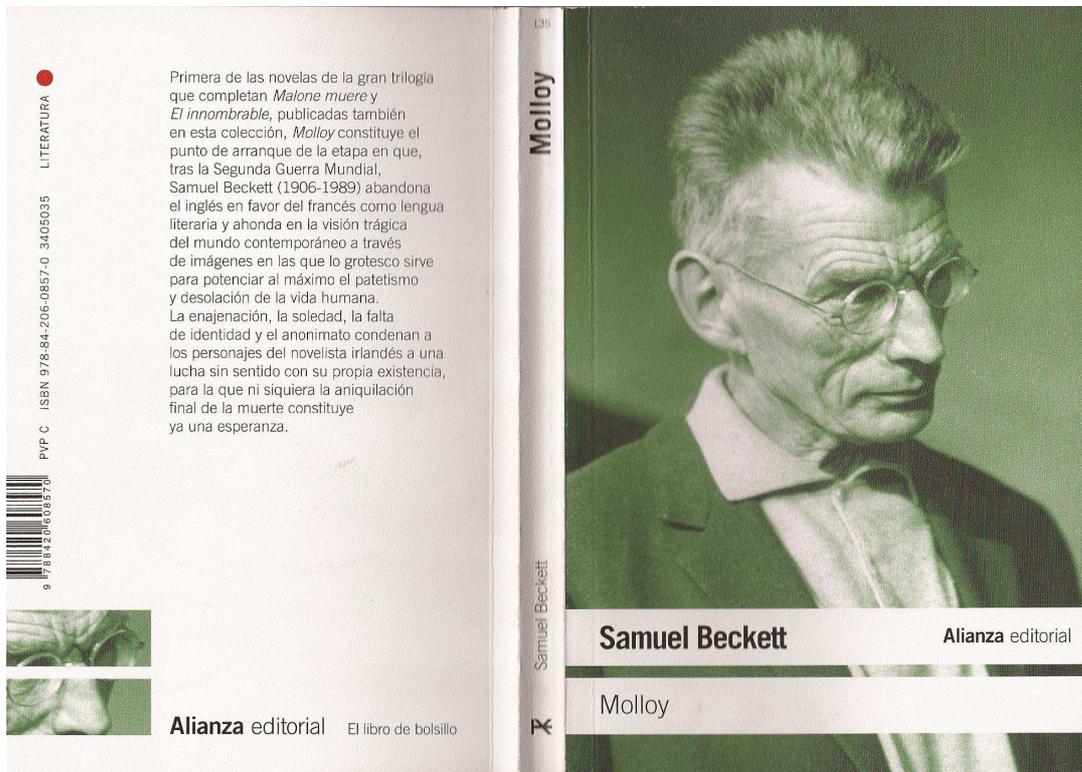
[www.miramistrabajos.com](http://www.miramistrabajos.com)

# BECKETT y BURROUGHS: CUANDO NADAR ES UN IMPOSIBLE VACÍO EXISTENCIAL. O ALGO ASÍ.

Samuel Beckett (2012). *Molloy*, traducción de Pere Gimferrer. Madrid: Alianza Editorial. Tercera edición, sobre la primera edición de 1970 de editorial Lumen de Barcelona. Sobre la edición de Les Éditions de Minuit. París, 1951.

De interés para nuestra cultura setentera o transicional, por lo tanto. De ahí la justificación de este ensayo poemático realizado con las propias palabras de Beckett/Gimferrer, en el marco de la búsqueda de Nadadores en el mar sin fin de la literatura. Y en el marco también de la sobriedad más zen y sufí de la dicha de enmudecer.

Desde Shit, Shitba o Shitbaba a Bally, Ballyba o Ballybaba, Jacques Moran viaja en compañía de su hijo en busca de Molloy, por orden del jefe Yudi, transmitida por el mensajero Gaber. Una geografía mítica y nada sentimental.



I

...LUEGO CADA UNO SIGUIÓ SU CAMINO.

Él no me había visto.

Llevaba la cabeza descubierta, calzaba alpargatas, fumaba un cigarro.

Hago todo lo posible por no hablar de mí.

Y en todo caso, ¿qué hacía yo allí?

Hablar de bicicletas y de bocinas, qué descanso.

Y de pronto recordé mi nombre, Molloy.

Éramos yo y mi bicicleta.

Molloy, no te atormentes.

Resulta extraordinario cómo las matemáticas ayudan a conocerse a sí mismo.

Dispense, señor, perdone, señor, por favor, ¿cómo se llama esta ciudad?

Estoy harto de encontrarme fuera, cercado, visible.

Sí, a veces no sólo me olvidaba de quién era, sino de qué era, me olvidaba de ser.

¿Es posible que viva aún?

Al homo, medida.

Porque no saber nada no es nada, no querer saber nada tampoco, pero lo que es no poder saber nada, saber que no se puede saber nada, éste es el estado de la perfecta paz en el alma del negligente pesquisidor.

Por la mañana hay que esconderse.

Luego reanudaba mi avance en espiral.

Aprende primero a caminar y luego tomarás lecciones de natación.

Pero soy humano, a fin de cuentas...

Pero está prohibido abandonar e incluso detenerse un instante.

No hagas nada, Molloy.

Molloy podía quedarse donde estaba.

II

Es medianoche. La lluvia azota los cristales.

Es curioso, no me gustan ni los hombres ni los animales. Y en cuanto a Dios, ya empieza a cansarme.

¡Oh incomprensible espíritu, a veces faro, a veces mar.

Masas desnudas como leyes vacilan.

...zozobro en la bruma marina de los fenómenos.

Moran podía inclinarse sobre Molloy.

Había, en suma, tres Molloy, no, cuatro.

Me parecía que cualquier lenguaje es un error de lenguaje.

Miré a mi hijo.

Todo estaba en silencio.

Sí, sigo teniendo miedo, pero es más bien por costumbre.

¿Qué buscaba exactamente? Es difícil decirlo.

No poder se dice rápido y se escribe rápido, pero no hay nada tan desagradable.

¡Hallarse por fin realmente en la imposibilidad de moverse! ¡Ahí es nada!

Se me derrite de gusto el espíritu sólo con pensarlo.

Miré a mi hijo. Empezó a protestar. Le obligué a callarse.

Aquella noche emprendí el camino de regreso. No fui muy lejos. Pero fue un comienzo.

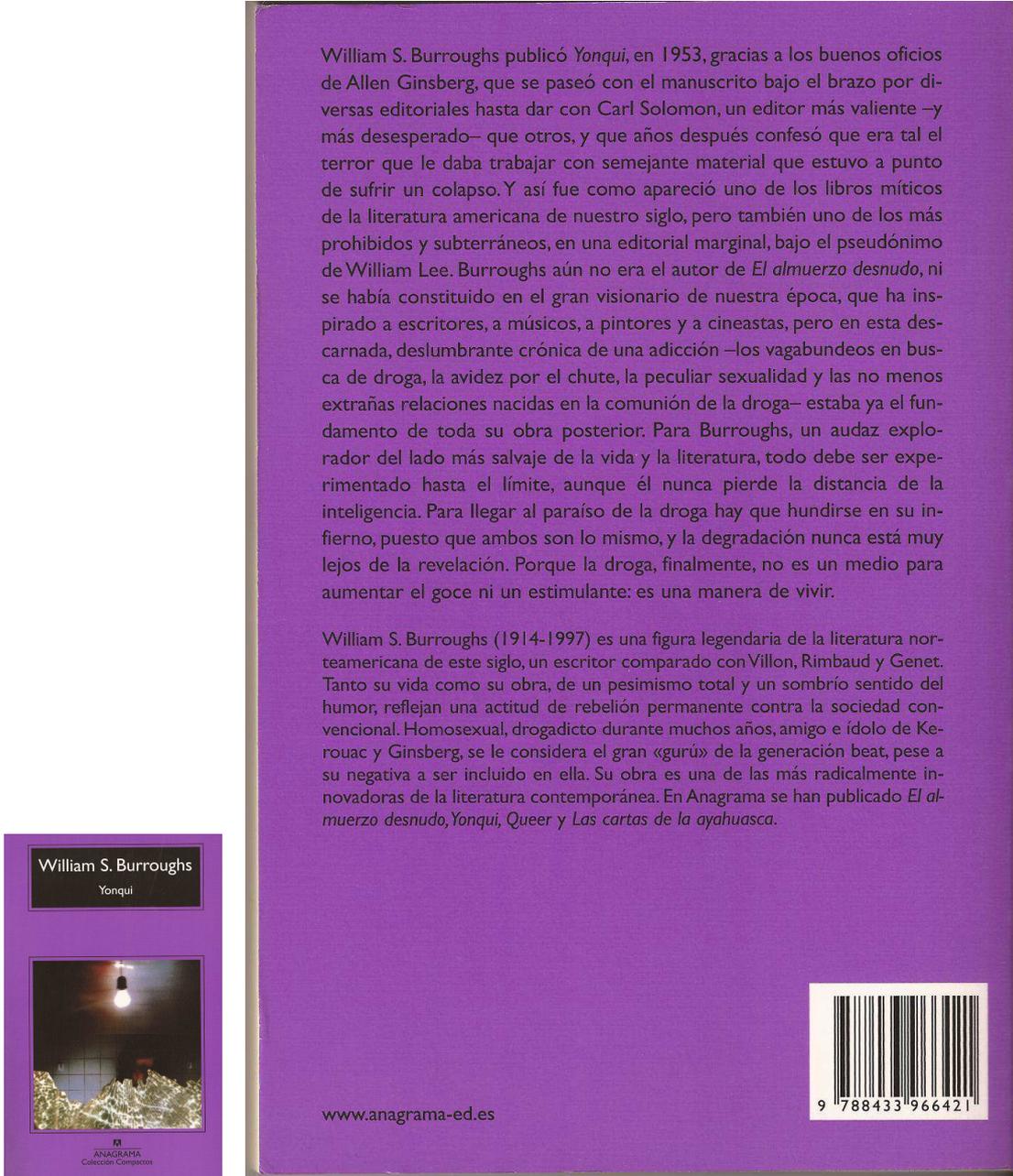
...recorridos en sentido inverso, los caminos cambian de aspecto.

La casa estaba abandonada.

Yo vivía en el jardín.

Entonces entré en la casa y escribí, Es medianoche. La lluvia azota los cristales.  
No es medianoche. No llovía.

\*\*\*



William S. Burroughs (2010). *Yonqui*, traducción de Martín Lendínez y Francesc Roca. Barcelona: editorial Anagrama.

Novena edición sobre la primera en español de 1997. Incluye el prólogo de 1976 de Allen Ginsberg, en el que cuenta la gestación del texto en cartas personales de Bill Burroughs, a quien conocía desde finales de 1944, y que consiguió que publicaran en 1953, una vez expurgado el texto y con el seudónimo de William Lee. El prólogo de

Ginsberg de 1976 es muy significativo cronológicamente, para España, cuando el asunto drogas está comenzando a mostrarse de primera importancia en la transición española y este título se está convirtiendo en un mito en ese mundo, sólo conocido por iniciados muy particulares.

En un momento de total ausencia de información en España sobre la heroína, que comenzaba a hacer estragos en ese momento, cobra especial importancia el texto, y en particular algunos fragmentos, como los finales de la novela, muy explícitos:

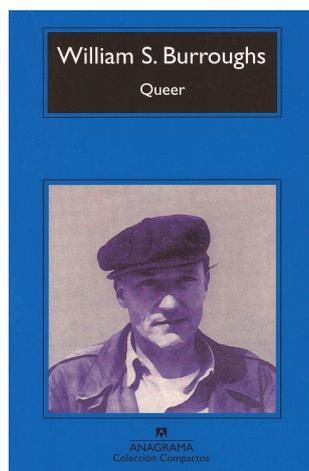
“Cuando se deja la droga, se deja una manera de vivir.  
He visto a yanquis dejar la droga, darle a la botella y terminar  
muriéndose a los pocos años.  
Entre los ex adictos es frecuente el suicidio...”

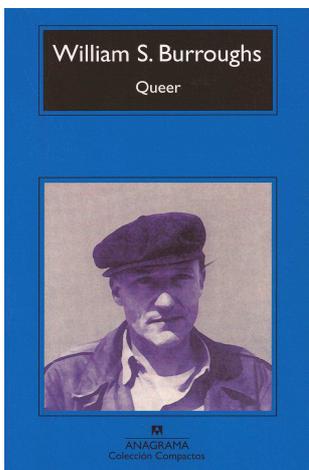
O las frases finales:

“Colocarse es ver las cosas desde un ángulo especial.  
Es la liberación momentánea de las exigencias de la carne temerosa,  
asustada, envejecida, picajosa. Tal vez encuentre en el yage  
lo que he estado buscando en la heroína, la hierba y la coca.  
Tal vez encuentre el colocón definitivo.”

En el *Yonqui* de Burroughs no había Nadadores. Es un texto terrible, obseso, monótono, sin nada ajeno al ansia del drogado que sólo piensa en colocarse, sin reflexión ajena literaria alguna, maledicente y maldiciente, y que termina con la búsqueda de una nueva droga, el yage, o ayahuasca, que dice que puede facilitar la comunicación telepática y que le lleva al viaje por Sudamérica.

Es, de alguna manera, la introducción al segundo relato de Burroughs, *Queer*, que no fue publicado hasta 1985 en inglés y que apareció en español en 2002 con el título de *Marica*, en traducción de Mariano Casas.





En un inmenso suburbio, que Burroughs definiría más tarde como la «Interzona», y que abarca desde la Ciudad de México, capital mundial del delito («un cielo de ese tono especial de azul que tan bien combina con los revoloteantes buitres»), hasta Panamá, un áter ego del escritor, Lee, teje su tela amorosa en torno a Allerton, un joven ambiguo, indiferente como un animal. Deambula por locales cada vez más sórdidos, en los que pulula una fauna en estado de descomposición, y en esas excursiones, como un pícaro alienado, nos regala astillas radiactivas de su negrísimo humor. Para resolver sus obsesiones mortíferas y sexuales, Lee parte con su amigo a la búsqueda de la ayahuasca, droga absoluta capaz de otorgar el control total sobre los cerebros, y por eso mismo codiciada por Rusia y Estados Unidos... y por todo amante. Sabe que con Allerton no podrá encontrar aquello que desea: el «tribunal de la realidad» ha rechazado su instancia. A pesar de ello no puede renunciar: «Quizás corro el riesgo de descubrir la realidad de los hechos», piensa, dispuesto sin embargo a abismarse en todos los peligros. Como un santo o un criminal con orden de búsqueda y captura, Lee no tiene nada que perder. En esta novela aflora por primera vez ese paisaje alucinado que hoy todo lector reconoce como el mundo particular de William Burroughs.

«Escandalizando de nuevo a todo el mundo, Burroughs ha escrito un reflexivo y sensible estudio sobre el amor no correspondido... Retroactivamente, este libro humaniza su trabajo» (Martín Amis).

«Aquí el lado más vergonzoso (como casi siempre) resulta ser el más humano de todos... El perfecto cierre de un gran proyecto» (Andrés Barba, *Letra Internacional*).

«Una literatura que sigue teniendo un montón de aliados. Y nunca mejor dicho» (José Belmonte Serrano, *La Verdad*).

William S. Burroughs (1914-1997), figura legendaria de la literatura norteamericana del siglo XX, ha sido comparado con Villon, Rimbaud y Genet. Tanto su vida como su obra, de un pesimismo total y un sombrío sentido del humor, reflejan una actitud de rebelión permanente contra la sociedad convencional. Homosexual, drogadicto durante muchos años, amigo e ídolo de Kerouac y Ginsberg, se le considera el gran «gurú» de la generación beat, pese a su negativa a ser incluido en ella. Su obra es una de las más radicalmente innovadoras de la literatura contemporánea. En Anagrama se han publicado *El almuerzo desnudo*, *Yonqui*, *Queer* y *Las cartas de la ayahuasca*.



www.anagrama-ed.es

**William Burroughs (2009). *Queer*, traducción de Mariano Casas. Barcelona: Editorial Anagrama.**

Segunda edición. Con una introducción de 1985 de W. Burroughs muy interesante sobre su proceso de escritura y edición.

En esta novela corta, tan obsesa y maniática como *Yonqui*, se puede decir que continúa el viaje del autor y protagonista William Lee. Dice el autor: “En mi primera novela, *Yonqui*, el protagonista, Lee, da la impresión de ser equilibrado e independiente, seguro de sí mismo y de lo que quiere hacer. En *Marica* es desequilibrado, urgentemente necesitado de contacto, totalmente inseguro de sí mismo y de sus objetivos”. Es una opinión personal sin demasiado alcance. El relato es un viaje desde México a Sudamérica tras la droga mitificada del yage o ayahuasca, que hará a Lee y a su amante ocasional Allerton adentrarse en la selva y llegar al Pacífico. Y allí, en tres ocasiones, aparecen nadadores. La primera vez en la costa de Ecuador, en Manta, con el propio Lee de protagonista:

“El agua estaba perfecta para Lee, que no la soportaba fría. No sintió ningún choque cuando se metió. Nadaron alrededor de una hora y luego se sentaron en la playa mirando al mar. Allerton podía estar horas sentado sin hacer nada.”

La segunda vez que aparecen nadadores, es en el río de Guayaquil:

“Lee subió a un autobús y viajó hasta el final del recorrido. Tomó otro autobús. Fue hacia el río y bebió un refresco y miró cómo unos chicos nadaban en el río sucio. Parecía como si de las aguas marrones y verdosas pudieran salir de repente inenarrables monstruos. Lee vio un lagarto de más de cincuenta centímetros de largo corriendo por la orilla de enfrente. Volvió caminando hacia el pueblo. Pasó por delante de un grupo de muchachos en una esquina. Uno de ellos era tan guapo que la imagen hirió los sentidos de Lee como un látigo metálico. Se le escapó de los labios un leve e involuntario gemido de dolor...”

La tercera escena de nadadores, en la ciudad de Salinas:

“Salinas tenía el aire tranquilo y circunspecto de un centro de veraneo de clase alta. Habían llegado en temporada baja. Cuando fueron a nadar descubrieron por qué no era la temporada: la corriente de Humboldt enfría el agua durante los meses de verano. Allerton metió la punta del pie en el agua y dijo: ‘Esto está muy frío’, y se negó a entrar. Lee se zambulló y nadó durante unos minutos. El tiempo parecía pasar más rápido en Salinas. Lee almorzaba y se tumbaba en la playa. Después de un periodo que parecía una hora, o a lo sumo dos horas, veía el sol bajo en el cielo: las seis. Allerton contaba la misma experiencia.”

Era la etapa final, antes de adentrarse en la selva, desde Puyo, al lado amazónico de los Andes, en donde crecía la *Bannisteria caapi*, el yage o la ayahuasca, como la conocían los indios. La etapa final del viaje y la aventura.

\*\*\*

Y eso es todo. O algo así. Un imposible vacío existencial. El ser. A través de algunas de sus voces, tal vez de las más extremadas en su expresión.

